



Homilía

75 aniversario de las Hermanas Josefinas en el Colegio San José

Estimados hermanos y hermanas:

En esta cálida mañana de verano, nos reunimos para celebrar el jubileo de los 75 años de presencia de las Hermanas de San José en Puerto Rico.

Agradezco a la Asociación de Ex alumnos del Colegio su amable invitación a presidir esta Eucaristía, para dar gracias a Dios por esta presencia. Gratitud que, con el salmista, nos mueve a proclamar jubilosos “éste es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

La celebración de jubileos se remonta al Antiguo Testamento, y continúa a lo largo de dos mil años de historia de la Iglesia. “Jubileo” significa “un año de gracia del Señor”. A su vez, es una característica de toda la actividad de Jesús. Sus palabras y sus obras resumen el cumplimiento de toda la tradición de los jubileos del Antiguo Testamento.

En la vida de una persona el Jubileo hace referencia a su nacimiento, al aniversario, por ejemplo, de bodas, ordenación o Vida Consagrada. De ahí el nombre de aniversario de plata, de oro o de diamantes, que significa un particular año de “gracia” para la persona.

Estos jubileos son aplicables también a instituciones o Comunidades, como en el caso de la que hoy honramos.

En 1930, por iniciativa de un religioso agustino, Padre Jesús Fernández, y la intervención del obispo de Ponce, Monseñor Aloysius Willinger, se invitó a la Comunidad de Brentwood, New York, a dirigir una escuela católica, para la educación intelectual y cristiana de los niños y jóvenes sangermeños. Invitación que fue acogida favorablemente enviando cuatro Hermanas, a saber: Sister Rosita María, Superiora; Sister Rose Verónica, Sister Grace Edna y Sister María Reparatrice.

Desde el principio no sólo se dedicaron a la educación formal, sino también, a la evangelización, tomando parte en la catequesis parroquial de pueblo y campos. Años más tarde, hacia las décadas de los 40 y los 50, las Hermanas fueron extendiéndose a otros lugares: Lajas, Ponce, Santurce, Río Piedras y Bayamón. En Ponce cabe destacar su presencia en cuatro lugares: la hoy Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, desde sus inicios en 1948, y en las academias San Conrado, Santa Teresita y Santa María Reina.

Su carisma principal, la educación, responde al mandato universal de Jesús a sus discípulos: “Vayan y enseñen a todas las gentes”, como hemos escuchado en la proclamación del Evangelio de esta Misa. En este pasaje encontramos el punto de partida de las iniciativas docentes de la Iglesia, a través de los siglos. Educar a las personas es pues, parte integrante de su misión que, de esa manera prolonga la enseñanza de Cristo Maestro.

“En Puerto Rico la Iglesia ha vivido su responsabilidad educativa desde los albores de la evangelización. Desde la Escuela de Gramática, fundada a principios del siglo XVI, y el Studium Generale; desde las escuelas de párvulos, hasta las universidades, incluyendo la catequesis y la educación popular, la Iglesia ha estado presente en todas las modalidades de la educación formal e informal”.



“Por sus frutos los conocerán” dice un texto bíblico. Hoy, 75 años después de la llegada de nuestras queridas Hermanas, está en orden que hagamos un recuento sucinto de la abundante cosecha de más de siete décadas, de ingente labor, y dedicación, a la formación académica, de miles de estudiantes de San Germán y pueblos aledaños. El número de profesiones es cuantioso y diverso: profesores, médicos, ingenieros, economistas, farmacéuticos, técnicos, arquitectos, oficinistas, trabajadores sociales, profesionales de la banca y los negocios, empresarios, etcétera.

En cuanto al aspecto de la educación cristiana y espiritual de los alumnos, las Josefinas, evangelio en mano y su testimonio radical de los bienes del reino, tanto interior como exteriormente, han alcanzado una eficacia más incisiva, en su noble propósito de una gran misión espiritual evangelizadora. Por eso, el resultado del segundo aspecto de la formación de los alumnos, la catolicidad genuina, en comparación con el primero, es admirable.

Como resultado de su apostolado, palabra y ejemplo, en nuestro querido Puerto Rico, “jardín de flores”, han aflorado extraordinarias vocaciones a la Vida Religiosa, Institutos Seculares, y al sacerdocio. De estos, podemos mencionar los más conocidos: de la rama de religiosas 22 son Josefinas, sangermeñas son cinco. De los religiosos dos, y de los sacerdotes diocesanos dos. A estos últimos tenemos que añadir los nombres de cinco Señores Obispos puertorriqueños, a quienes durante sus años de búsqueda, las Hermanas ayudaron con sus consejos y oraciones a descubrir y cultivar su vocación. Entre otras, recordamos a Sister Modwena Rockford. Ellos son: el señor Cardenal Luis Aponte Martínez, Arzobispo Emérito de San Juan; Monseñor Roberto González Nieves, actual Arzobispo de San Juan, Monseñor Fremiot Torres Oliver, Obispo Emérito de Ponce, Monseñor Rubén González, Obispo de Caguas y, además, este servidor que les habla [Monseñor Ulises Casiano Vargas, Obispo de Mayagüez].

Los Señores Obispos de Puerto Rico, en nuestra segunda carta Pastoral sobre la educación Católica en nuestros colegios en el 1996, volvemos a insistir sobre las

dos notas que distinguen a nuestras escuelas: “la excelencia académica y la catolicidad genuina. Estas no deben ser consideradas como dos realidades incompatibles entre sí”. (n.10).

Además, añadimos que “la catolicidad auténtica impone una visión verdaderamente universal y planificadora del proceso educativo del desarrollo integral de las personas. La excelencia académica, va más allá de los meros logros intelectuales; porque incluye, también las dimensiones más valiosas del ser humano: la ética, la estética, los sentimientos, la convivencia, la mística, etcétera. Nuestras instituciones educativas tienen el deber ineludible y urgente, de ser modelos de excelencia y de madurez cristianas en todas sus manifestaciones” (n.11).

De este segundo aspecto de una catolicidad genuina quiero añadir, a lo antes dicho, que son también cientos y cientos de familias de egresados que hoy nos dan un testimonio de su compromiso cristiano,

como excelentes padres de familia, que asisten juntos con sus hijos a la Iglesia.

Estimados ex alumnos: ustedes han dado ya las gracias a las Hermanas Josefinas por su contribución eficaz, en el pasado, a su formación intelectual y cristiana. “Es de bien nacidos el ser agradecidos” nos dice el refrán popular. Pero ese agradecimiento no debe ser sólo de palabra, sino también con hechos. Debe reflejarse en la observancia de los mandamientos de Dios, de la Iglesia, y el estado.

Ustedes, como padres cristianos, primeros educadores de sus hijos en el hogar, tienen ahora el compromiso no sólo de continuar viviendo lo que aprendieron de sus maestros, sino también transmitirlo a sus hijos y nietos. Una de estas enseñanzas de la fe es nuestro deber de asistir a la Santa Misa cada domingo. ¡Qué hermoso es ver familias enteras, padres e hijos, cumpliendo con el precepto dominical! Precisamente, en este Año de la Eucaristía que estamos celebrando, nos proponía Juan Pablo II en su carta apostólica titulada “Quédate con nosotros, Señor”: “que el Año de la Eucaristía sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor”.

Tanto a las Hermanas de San José presentes como aquéllas que por razón de su edad o enfermedad no han venido, en nombre de los sacerdotes, de los ex alumnos aquí presentes, y en el mío, desde lo más íntimo del corazón, reciban nuestras más cálidas felicitaciones en su aniversario y, a la vez, nuestra gratitud y cariño a sus personas.

Asimismo, queremos honrar la memoria de todas aquellas Hermanas que dedicaron su vida al noble propósito de la educación cristiana en la isla del encanto. Para lo que pido a esta asamblea que puesta de pie, guardemos un minuto de silencio, por el eterno descanso de sus almas.

(Homilía predicada por Monseñor Ulises Casiano Vargas, Obispo de Mayagüez, el 23 de julio de 2005).